

inconsciente y subconsciente, para atribuir al *desdoblamiento* del médium los demás fenómenos transcendentales producidos por los espíritus, lo que prueba que, en ocasiones, no basta pasar por sabio para serlo.

Al libro de Mendeleeff contestó **Aksakof** con otro titulado *Un monumento de preocupación científica*.

Ultimamente publicó en alemán la obra más completa que existe sobre espiritismo: *Der spiritismus*.

Observador atento y sagaz y escritor fecundo, **Aksakof** ha escrito numerosos libros y artículos de revistas en pró y defensa de sus convicciones.

Verdadero apóstol del espiritismo, consagró la mayor parte de su vida á difundir sus doctrinas, sacrificando su fortuna y su posición social en aras de la verdad.

Consejero de Estado en Rusia, dedicó también sus esfuerzos al servicio de su país.

El poco espacio de que puedo disponer en esta Revista, me impide hacer caudal de todos los méritos y merecimientos de este varón ilustre, que consagró todos los talentos y todas las energías de su alma á la causa de sus ideas y convicciones, sin que le arredrasen jamás los obstáculos, ni le desalentasen las injusticias de los hombres.

Que su espíritu irradie, desde los elevados planos en que mora, esa luz de verdad que lo circunda, sobre los corazones pusilánimes y los entendimientos oscurecidos aún por las tinieblas del error.

C. F.

Homenaje á Allán Kardec

Velada literario-musical

Gratisima es, en verdad, para mí la tarea de dar cuenta á mis lectores de la velada literario-musical que el *Centro de Estudios Psíquicos* Eduardo de la Barra de-

dicó, en la noche del sábado 18 de Abril último, al ilustre fundador de la doctrina espiritista, en el XXXIV aniversario de su desencarnación.

El acto se verificó en uno de los salones del Gran Hotel de Francia, sencillamente arreglado para el objeto: no había más ornamentación que una docena de escudos azules, colgados de las paredes, con los nombres de los personajes más conspicuos del Espiritismo.

Empezó á las nueve y media de la noche y terminó á las doce, con una concurrencia distinguidísima. No bajaría ésta de ciento cincuenta personas, entre las cuales se notaban unas quince señoras y otros tantos militares de alta jerarquía: un general de división, dos ó tres coroneles, cuatro ó cinco sarjentos mayores, etc.

Presidió el señor R. M., quien abrió la velada con la siguiente breve alocución:

«Señoras, Señores:

La presente velada tiene por objeto solemnizar el XXXIV aniversario de la desencarnación de ese grande y luminoso espíritu, que llevó en su vida terrestre el nombre de León Hipólito Denizard, universalmente conocido con el seudónimo de **Allán Kardec**, con el cual suscribió las brillantes páginas de sus numerosos libros, que proclaman, acentúan y evidencian la consoladora doctrina espiritista.

No es mi ánimo hablar de su vida y de sus obras, porque algunos de nosotros traemos trabajos escritos sobre el particular, rememorando la tarea de ese gran apóstol, el más entusiasta, el más convencido y el más distinguido de los propagandistas de la gran doctrina.

La actual velada debió tener lugar el 31 de Marzo último, fecha de la desencarnación de **Allán Kardec** y la elevación de su espíritu á los espacios invisibles; pero inconvenientes insalvables de última hora lo impidieron.

Hoy, invocando á los buenos espíritus, en el nombre de ellos, i en especial en el del luminoso de **Allán Kardec**, queda abierta la sesión».

Estas hermosas palabras fueron recibidas por los aplausos unánimes de la concurrencia.

Siguieron en el uso de la palabra varios caballeros que fueron también calorosamente aplaudidos.

Cada discurso era seguido de un selecto número de música.

El programa ejecutado fué el siguiente:

I

- 1.º Obertura (piano), por los señores F. G. y G.
- 2.º Alocución del presidente, dando comienzo al acto.
- 3.º Non t' amo piú de Tosti (canto), por don J. B.
- 4.º Discurso sobre Allán Kardec, por don J. R. B.
- 5.º Melodía (piano y violin), por los señores J. G. y G.
- 6.º Allán Kardec (poesía), por don R. M.
- 7.º Melodía (piano), por don F. G.

II

- 8.º Melodía (violin y piano), por los señores J. G. y F. G.
- 9.º Declamación de una poesía, por don T. de la B.
10. Meditación de Mendelsshon (dictado de ultra-tumba,) por el maestro F. S.
11. Discurso de don P. C. R.
12. Romanza final de Tosca (Puccini), cantada por don J. B.
13. Lectura de una carta de León Dénis al presidente del consejo de ministros de Francia, Mr. Combes.
14. Fantasía (piano), por los señores G. y G.
15. Discurso del doctor A. K. H.
16. Clausura de la velada, por el presidente.

Mi Revista se complace, en gran manera, enviando su entusiasta felicitación á todos los que más ó menos ostensiblemente, visibles é invisibles, han tomado parte en un acto tan trascendental, el primero que ha tenido lugar en nuestro país, y cuyo recuerdo quedará, sin duda,

grabado con letras de oro en los anales del espiritismo chileno.

Y, respecto de la participación que los invisibles han tenido en la velada del 18, voy á permitirme transcribir una comunicación medianímica obtenida, á la noche siguiente, en un círculo espiritista de esta capital.

Ella manifiesta la verdad con que uno de los caballeros, que en esa reunión hicieron uso de la palabra, decía que el espíritu radiante de Allán Kardec se cernía, en esos solemnes momentos, sobre la concurrencia.

He aquí la comunicación á que me refiero:

GUÍA: ¡Salud, amigos míos! Mis felicitaciones más entusiastas por la obra realizada... ¡Primera batalla, primer triunfo!

MÉDIUM: ¿Asistieron muchos espíritus libres á la velada de anoche?

GUÍA: Sí, y esto les probaré que no están solos. Al lado de ustedes, sus amigos; sobre ustedes, sus amigos también.

MÉDIUM: Nosotros pudimos ver la concurrencia material, que era selecta, mas no la de los espíritus. ¿Podría decirnos cómo fué ésta?

GUÍA: ¡Ah! Si les hubiera sido dado verla, se habrían maravillado. Voy á describirla á mi manera:

Yo los veía... Allá, sobre el fondo del salón, se destacaba límpido, brillante y puro el gran espíritu de Denizard... Lanzaba de su seno corrientes azulejas brillantísimas y envolvía con su fluido todo el salón, todo el local, todo el hotel... Vibraba con los pensamientos afectuosos que le dirigían y se mezclaba á todos y á cada uno...

Más allá, Torres Solanot, Hugo, Victoria, Giordano... formaban un grupo que se contraía y se extendía, dando destellos hermosísimos, para luego formar uno sólo á mi vista...

En aquel otro extremo, Irma, Inocencia, Adela... y tantas otras... sonreían. ¿A quiénes? A sus hijos queridos, que en atmósfera tan simpática se encontraban. Yo

las veía bajar hacia ellos, y en seguida subir hasta perderse de vista...

Cerca y bajo Kardec, ví á otro espíritu envuelto en al-
bo ropaje, que hablaba al oído de uno de ustedes, de uno
de los sostenes de nuestra causa... Parecía besarle... Era
su hijo E... Tan pronto formaba con su padre una sola
persona, como se desprendía de él, yendo su destello á
mezclarse á otros.

Pero, sobre todos, cerníase feliz y contento el que fué
Eduardo de la Barra. Hablaba á éste, acariciaba á aquél
y á todos trataba como á hijos mimados...

Y yo, Ernesto y Adolfo, vibrábamos dichosos sobre to-
dos ustedes... Era nuestra obra y nos gozábamos en ella.

MÉDIUM: ¿Había muchos espíritus? ¿Podría precisar
su número?

GUIA: Les he citado á los más perfectos... Pero espíri-
tus de órdenes inferiores, miles y miles...

DISCURSO DE DON J. R. B.

Señoras, Señores:

Cada época lleva en sí misma el sello de la virtud ó
del vicio que debe salvarla ó perderla.

La virtud de la generación presente, es la actividad in-
telectual; su vicio, la indiferencia moral.

La actividad intelectual, porque el ingenio humano,
desplegando repentinamente las alas, ha tendido su po-
tente vuelo en las regiones de la ciencia, salvando barre-
ras que parecían hasta hoy infranqueables. El horizonte
científico se ha ensanchado prodigiosamente; los descu-
brimientos modernos han ultrapasado á los más fantás-
ticos sueños de los hombres de ayer; y aún no sabemos
los portentos que, en materia de adelantos científicos,
nos reserva un próximo porvenir.

Esto está demostrando la actividad y el trabajo inte-
lectual de la época presente.

Pero, al lado de estos progresos admirables de la hu-

mana inteligencia, se notan los signos característicos de una grave postración moral, de un decaimiento en el espíritu que abate y atrofia los corazones.

La sociedad actual vive preocupada exclusivamente del interés material, olvidando los vínculos que la ligan al mundo espiritual, al mundo de lo invisible.

A las creencias incontrastables, ó, más bien dicho, á la credulidad infantil de otros tiempos, á la fe ciega de nuestros antepasados, al sojuzgamiento de la conciencia individual por el dogma religioso, han sucedido el más frío excepticismo y la negación más absoluta.

¡Reacción lógica y natural de la conciencia humana, supeditada por el cesarismo teológico, en sus anhelos de independencia y libertad!

Así olvidó el hombre su divino origen y sus destinos inmortales, y, en el admirable conjunto de su propio sér y en la suprema armonía del Universo, no vió otra cosa que la acción mecánica de las leyes de la materia actuando inconscientemente por sí mismas.

Negó la existencia de un orden superior y de fuerzas invisibles, creadas y dirigidas por un Supremo Artífice, y cerró los ojos ante los esplendores del cosmos espiritual que llena la creación.

Habiendo estrechado de esta manera los horizontes de la vida y reducido á tan limitada esfera las aspiraciones y los anhelos del espíritu, era lógico y natural que buscara el hombre otro campo para el desarrollo de su actividad intelectual, y fué así como vinieron á prevalecer, necesaria y fatalmente, los intereses materiales, con exclusión absoluta de todo otro orden de cosas y de los verdaderos ideales del alma.

De esta suerte marchaba la humanidad, perdido el rumbo y con los ojos vendados, por la rápida pendiente de un abismo insondable.

Y fué entonces, en medio de las tinieblas que oscurecían los horizontes del mundo moral, cuando aparecie-

ron, en los Estados Unidos de Norte-América, los primeros destellos de aquella luz que debía alumbrar los senderos de la humanidad.

Aquellas manifestaciones preliminares de los Espíritus, fueron el preludio de una nueva era; fueron los primeros síntomas de una reacción saludable y el toque de alarma dado por los invisibles del espacio, en la conciencia adormecida y enervada del mundo moderno, para recordarle la existencia de un más allá olvidado.

Y el eco de aquellos mensajes de lo infinito, que traían consigo la luz de la verdad y el consuelo y la esperanza de una vida superior, repercutió en la conciencia y en el corazón de la vieja Europa, anunciándole la buena nueva, dándole á conocer la verdadera ciencia del alma y la religión futura de la humanidad.

Fué entónces cuando, como Maestro y fundador de la Doctrina espirita, levantóse en Francia un hombre singular, un ser privilegiado, que sin más elementos que la potencia del pensamiento y la perseverancia en el propósito, sostenida por la evidencia de la verdad que proclamaba, echó las bases de la nueva doctrina, iniciando una nueva era para la humanidad.

Ese varón justo, esa «personificación del buen sentido», como lo ha llamado Flammarion, ha devuelto, con sus libros á millares de sus semejantes la seguridad en el porvenir, ha hecho renacer en el corazón la fe, fundada en la justicia y en la razón. Sus talentos y virtudes lo han colocado en una esfera superior, y su espíritu— presente sin duda en esta reunión—brilla con los resplandores de una luz inmortal...

Es á él, á ese benefactor de la humanidad, á quien nosotros—sus discípulos y admiradores—tributamos, en este momento, el homenaje de nuestro respeto y de nuestro sincero afecto, conmemorando su tránsito de esta vida material á las regiones de la luz infinita.

Hipólito—León—Denizard—Rivail, conocido en el mundo entero por el nombre de **Allán Kardec**, nació en Lyon el 3 de Octubre de 1804, y desencarnó el 31 de Marzo de 1869.

¿Necesitaré yo, señoras y señores, reseñar los méritos, los servicios y virtudes del Maestro?

¿Acaso no están escritos, con buril de acero, en sus libros, en la obra que realizó, en la doctrina que dejó establecida, y—más que todo eso—en el corazón de todos los espiritistas del mundo?

¿Quién no conoce al que tanto trabajó en pró de los principios del Espiritismo, tan conformes con la razón humana, tan armónicos con la ciencia y tan consoladores para el porvenir del alma?

¿Quién no ha leído el *Libro de los Espíritus*, verdadera filosofía y código del Espiritismo; el *Libro de los Médiúms*, parte experimental y científica; *El Evangelio según el Espiritismo*, parte moral; *El Cielo y el Infierno*; el *Génesis*, etc.?

De la publicación del *Libro de los Espíritus*—que fué la primera obra que escribió—data la fundación del Espiritismo moderno, como doctrina filosófica, sujeta á la crítica racional y á los principios de la ciencia, que tanto éxito alcanzó y á tantas inteligencias serias iluminó con sus resplandores.

Puede decirse, con entera verdad, que las obras de **Allán Kardec** vinieron á revolucionar el mundo de las ideas, en el orden religioso, moral y filosófico.

El Espiritualismo reconoce la existencia de los espíritus; pero el Espiritismo va más lejos, reconociendo las manifestaciones espirituales.

Esta última doctrina ha sido rudamente impugnada por el escepticismo, que nada cree y que todo lo niega; y por la ciencia oficial, que atribuye los fenómenos espiritistas á diversas causas, todas ellas erróneas y contradictorias.

La ciencia oficial limita sus observaciones al campo de la materia, pretendiendo que ésta se genera y transforma por sí misma. Niega, por consiguiente, la existencia del alma y de fuerzas espirituales.

El alma es para ella simplemente «el conjunto de las funciones del cerebro», no una entidad diversa de la materia.

Perdonadme, señoras y señores, que me detenga un momento en el examen de este punto, que es de gran importancia, porque él sirve de base **única** al materialismo para negar la existencia del alma.

Destruída esta base, no queda al materialista dónde asilarse, ni cómo explicar los fenómenos del pensamiento.

«Para el materialista, todo queda reducido á actos cerebrales de los que la sensación es su correlativo psíquico, cuyos actos cerebrales dejan una traza ó huella impresa en las células correspondientes, y de ella dimanar los recuerdos, imágenes y construcción de raciocinios; y explican el *modus operandi* por una serie de reflejos ó descargas entre las células ó neuronas que tienen cierta afinidad y se atraen por un misterioso poder, dando margen á los mentados productos de la inteligencia.

«Conformes en que todo esto tenga lugar; pero, para nosotros, resulta deficiente la explicación.

«En el organismo humano, prodúcense dos especies de actos funcionales por lo que atañe al mecanismo de la inteligencia: unos centrifugos y otros centrípetos. Cuando alguien nos dirige la palabra, provoca una reacción cerebral que pone en erección las células afines con la excitación psíquica á que ha dado margen el órgano de la voz de nuestro interlocutor. Aquí tenemos un acto centrípeto. Los materialistas podrán conservarse fuertes en su terreno, explicando este acto por una propagación de ondas vibratorias á lo largo de las neuronas estimuladas, haciendo depender los actos intelectuales subsiguientes á la inicial excitación, por reflejos adecuados. Pero vamos al examen del caso contrario, esto es, cuando

sin estímulo exterior previo, y por impulso voluntario y centrífugo, dirigimos la palabra á una persona. ¿De dónde partió el impulso? ¿Quién originó el estímulo inicial para poner en acción la cadena serial de células que intervinieron en el acto intelectual producido? Laguna inmensa que los materialistas no pueden llenar, pero que, en cambio, puede hacerlo la escuela filosófica que admite el alma y el peri-espíritu.

«Nosotros estamos de acuerdo en admitir que las células nerviosas del cerebro están capacitadas para recibir y almacenar los materiales de la sensación, reaccionando á beneficio de estímulos adecuados; pero, al mismo tiempo, compenetrado con el cerebro del cuerpo, órgano transitorio y en cierto modo adventicio, admitimos el *cerebro flúidico*, órgano permanente, el más íntimamente relacionado con el alma, primero en recibir los impulsos centrífugos que parten del alma para traducirlos en actos motores, y último en impresionarse por excitaciones centrípetas con las que elabora los actos de percepción» (a).

Demostrada así la impotencia del materialismo para explicar los fenómenos del pensamiento con prescindencia del espíritu, no me es lícito detenerme más tiempo en este punto.

Las autoridades científicas pretenden, por otra parte, defraudar nuestras esperanzas inmortales afirmando que los fenómenos espiritistas provienen de «la excitación particular de ciertos centros nerviosos del médium, con perjuicio de los demás centros paralizados», sin que intervengan para nada los espíritus.

Esta explicación, realmente pueril, es la que da el doctor Lombroso cuando no ha podido resistir á la evidencia de los fenómenos.

Otros sabios han echado mano de ciertas palabras, que nada explican, como las del *subliminal*, del *inconsciente* y

(a) V. MELCIOR.—*Los estados subconscientes.*

del *subconsciente*, para explicar los fenómenos espiritistas sin necesidad de Espíritus.

Haré gracia á esta ilustrada reunión de la severa crítica á que se prestan las teorías que envuelven estos vocablos.

Don Eduardo de la Barra, de imperecedera memoria para nosotros, decía, á propósito de estas palabras comodines:

«Cada siglo tiene sus palabras sacramentales, que nada dicen y lo explican todo... son de esas voces-ganzúas que abren todas las puertas. Cuando la gran palabra se pronuncia, todos callan y encorvan el cuello.

La ciencia oficial está dispuesta á admitir más bien lo absurdo y lo imposible, que el hecho tan sencillo—del espíritu, continuando, después de la muerte corporal, su evolución en el más allá, y comunicándose, á menudo, con los vivos de sus afecciones...

El Espiritismo, es, á la vez, una religión y una ciencia.

Para el Espiritismo, lo sobrenatural no existe. Todos sus fenómenos obedecen á leyes naturales, en gran parte desconocidas.

Allán Kardec jamás ha rechazado la ciencia. Por el contrario, ha proclamado bien alto la necesidad de que el Espiritismo marche de acuerdo con la ciencia.

Si llegara á haber—dice—desacuerdo entre un hecho positivo y cualquier punto de nuestra doctrina, el Espiritismo tendría que reformarse en ese punto, porque no hay en él dogmas inamovibles, sino el propósito de servir á la verdad.

¡He ahí la enseñanza de **Allán Kardec!**

Pero si el Espiritismo está obligado á marchar de acuerdo con la ciencia, no se ve en qué puedan modificar sus principios las explicaciones que se dan para probar la no intervención de los Espíritus.

Esas explicaciones, no solamente no son científicas,

sino que están en pugna con la ciencia misma, con todo raciocinio y toda experiencia.

Pero no está lejano el día en que se ponga de acuerdo con la razón y el buen sentido, que nos dicen que sólo á causas inteligentes pueden atribuirse efectos inteligentes, y se armonice igualmente con la conciencia individual, que ve en los fenómenos espiritistas la acción benéfica de nuestros amigos del espacio, encargados por Dios para enseñar y regenerar á la humanidad.

Y, en esta fiesta de sencilla confraternidad y de solemne conmemoración del ilustre Maestro, en la cual su espíritu radiante se cierne en esta sala, séame permitido, señoras y señores, traer aquí, como un homenaje de respeto y de cariño á ese gran Espíritu, la palabra elocuente y afectuosa de otro sér invisible, que ha querido asociarse á la manifestación que se hace á su «querido y respetado amigo **Allán Kardec**». Son sus propias expresiones.

En las sesiones en que actúa un distinguido médium parlante, en la ciudad de Valparaíso, dijo IRMA lo siguiente, no ha muchos días.

«Para mí, como para todos los *grandes vivos*, ha sido »muy grata la noticia de que los vivos de la tierra con- »memoren al gran Maestro **Allán Kardec**, el defensor »de los que ustedes llaman *muertos*, el que llevó la luz »y la voz del más allá hasta el oscuro rincón en que »dormían muchas almas dignas de ver esa luz y de oír »esa voz. En ese acto que ustedes piensan efectuar, los »invisibles estarán presentes y derramarán sobre ustedes »el consuelo y la esperanza, que es la moneda con que »en esta mansión se retribuyen los buenos recuerdos, »porque aquí la gratitud abunda tanto como escasea en »la tierra.

«Cuando, en el próximo año, se repita esta fiesta de los »muertos, IRMA hablará para confundir á los que creen

»saber algo y nada saben, porque el que más sabe es el que más siente.

«Saber y no sentir, es no saber.

«La ciencia infinita es una con la caridad infinita.

«Es imposible adquirir y poseer la una, sin experimentar los benéficos influjos de la otra.

«El que no siente vibrar su corazón á impulsos de esa caridad, de ese amor—que es capaz de llevar al sacrificio de sí mismo—ese no sabe nada, aunque sus ojos hayan devorado las páginas de muchos libros.

«El que ha leído mucho y nada siente, es porque la ciencia se ha evaporado antes de llegar al corazón.

«Y ¿qué le ha dejado?

«Humo y cenizas, convertidas en orgullo.

«No basta ilustrar el cerebro: hay que enseñar también al corazón á sentir».

Estas son las bellas palabras con que el espíritu de IRMA ha querido contribuir á la fiesta del Maestro.

Y al transmitirlas yo á esta distinguida reunión, pago en parte una deuda de gratitud y de afecto contraída con este sér invisible y benéfico, que veo también aquí presente con los ojos de mi espíritu.

Lo que he tenido la honra de decir, explicaré, señoras y señores, por qué—á pesar del sarcasmo de los unos y del error de los otros—seguimos, con sincera convicción y con ánimo tranquilo, esta vía llena de asperezas, pero también de esperanzas inmortales; este sendero que nos lleva hacia el Centro universal de las almas á través de existencias sucesivas.

El dolor es transitorio, la felicidad es permanente: esa felicidad supraterrrestre á que arriban los espíritus que habitan la tierra, como han arribado otros desde regiones más inferiores.

Nubes son, pues, los sufrimientos que origina la imperfección humana en la atmósfera de la vida, y que resolverse deben en lágrimas regeneradoras.

¡Avanzad, pues, rezagados del progresol

Y ayudadnos vosotros, los que tengáis una luz en la mano, para alumbrar los pasos de los que vacilan.

Alentad á los espíritus débiles y pusilánimes, vosotros, los que tenéis en vuestros labios palabras de amor y de esperanza.

Ayudadnos, en nuestra obra misericordiosa, los que sabéis distinguir un pedacito de cielo en medio de la obscuridad de la tormenta.

Decid á los que dudan y temen:

«¡Mirad! allí está el bien, allí está la verdad, allí está la luz. Y tan pronto como lo desééis nacerá un sol resplandeciente, que, desde ese punto luminoso, desvanecerá vuestra noche y os mostrará todas las bellezas, todos los colores, todos los encantos y armonías de la eternidad gloriosa del *más allá!*...»

POESÍA DEL SEÑOR R. M.

Allán Kardec

I

A los buenos espíritus
les pido humildemente que me asistan
para ensalzar el nombre
de Denizard, el grande, con mis rimas.

Filósofo y maestro,
profundo pensador espiritista,
en sus libros dejó brillante surco
la miés sembrando de la gran Doctrina.

¡Cómo se eleva el alma
á los espacios de la eterna dicha,
reservado a los buenos,
cuando se estudian sus brillantes líneas!

Aquella, á los espacios ascendiendo,
de su molde de carne desprendida,
de la virtud el premio
recibe entre esplendores y sonrisas.

Amor y Caridad, Kardec pregona,
que amor y caridad nos divinizan.
El malo sufre, y su maldad sintiendo,
lenta y eterna juzga su agonía.

El tiempo es infinito, pero el alma
que para siempre se creyó perdida,
siente oleados de amor y de vergüenza
é implora al Hacedor y ante él se humilla.

Y transcurren los siglos..... y reencarna,
y en un mundo de nuevo peregrina,
para alzarse despues á los espacios...
—que las penas eternas son mentidas.

¡Ni cómo, Dios, sublime en su grandeza,
ni cómo, Dios, excelso en su justicia,
por una eternidad nos arrojara
á la hoguera candente de la ira!

El aguijón punzante de la duda
mi espíritu sintió. ¡¡Ya no creía!!
Muy negro el nubarrón me circundaba
y un denso velo obscureció mi vista.

¡Qué tremendo es no creer! ¡Qué horrible angustia
asaltaba á mi alma!... Pero un día
hallé la miés del surco que sembraras
y coseché, en tu ejemplo, tu Doctrina.

Y torrentes de luz me iluminaron,
y de nuevo surgió mi fé perdida;

y al buen Dios de los cielos implorando,
le confesé su nombre, de rodillas.

II

¡Oh, maestro! si escucha
tu espíritu mi acento en este día
en que recordamos
la ascensión de tu espíritu á la cima,

Acentúa en mi alma, si lo puedes,
la caridad bendita
y la fé, que remueve las montañas,
para seguir tu senda bendecida!...

DISCURSO DEL SEÑOR P. C. R.:

¿A dónde vamos?

*«¿A dónde se dirige el hombre
en su carrera? A la nada ó á
una luz desconocida?»*

LEÓN DÉNIS.

El minero busca las riquezas en las entrañas de la tierra.

El sabio busca la luz en las de la ciencia.

Ambos gastan su vida y su fortuna en andar trás de lo desconocido; en alcanzar algo que en su imaginación ven y palpan, pero que la realidad suele disipar, llevándose entre sus pliegues la juventud y la fortuna, y, con ellas, la alegría y la esperanza y aun la misma vida.

Brilla el codiciado metal en la superficie de la tierra, mostrando al ávido minero su faz risueña, haciéndole entrever todo un mundo de halagüeñas esperanzas y pro-

metiéndole goces que solamente la fortuna puede proporcionar. Lucha, cava, trabaja sin cesar, y en ese hoyo profundo y obscuro suele ir, poco á poco, hundiéndose la fortuna real y positiva, en cambio de algo que se aleja mientras más se le busca.

El sabio ve brillar algo en la obscuridad de lo desconocido, y pide luz! luz! mucha luz!

Y cuando sus ojos, cansados de mirar hacia ese fondo obscuro, que en vano ha pretendido iluminar, se cierran para siempre en su lecho de muerte, sólo entonces comienza para él un nuevo día. Esa luz que tanto anhelaba, comienza por fin á disipar las tinieblas en que él creyó sumergirse.

*

¡Lo maravilloso! ¡Lo desconocido! Punto lejano y nebuloso que atrae, y hacia el cual dirigen su vista todos los que sufren. ¡Cuántas sorpresas y alegrías, cuántas esperanzas cifran en tí los desheredados de la dicha, de la fortuna y del amor! Aquellos para quienes la vida no ha sido una madre tierna y cariñosa, sino una madrastra cruel; los que al reír con la boca lloran con el corazón!

*

El siglo último, llamado el de las luces por sus enormes progresos materiales, no ha podido hacer al hombre ni más dichoso ni mejor. En el seno de las riquezas acumuladas por la civilización, es posible morir de privaciones y de miseria. Con desconsoladora frecuencia los periódicos nos refieren no pocos suicidios causados por la desesperación que origina la indigencia.

La religión y la ciencia, á cuya sombra ha crecido y se ha desarrollado nuestra civilización actual, no son ya remedios adecuados para contener los males que socavan la estabilidad del orden social. Sus palabras y razones son como las flores artificiales que engañan á primera vista con ciertas apariencias de la vida real, pero no despiden perfume ni aroma que llegue al corazón.

Para el que sufre, atormentado por los golpes de la suerte y las incertidumbres del porvenir; para aquél que no se satisface con el simple colorido que engalana el lenguaje, y no se deja engañar por las apariencias; para el investigador imparcial que procura encontrar la raíz, el por qué y la solución de los problemas que hoy hacen temblar los tronos y obscurecen el horizonte, el sabio y el sacerdote enmudecen, porque no han podido descubrir la incógnita.

Y, sin embargo, hay una solución muy racional y sencilla, y más grande y consoladora que todas las ofrecidas por esas religiones y ciencias de las civilizaciones de Occidente, y que descansa en las bases más sólidas que pudieran concebirse: *el testimonio de los sentidos y la experiencia de la razón.*

La clave del enigma está á nuestro alcance. Esa incógnita se encuentra en las entrañas de una ciencia que, sin haber obtenido el *exequatur* de las academias oficiales, va despertando la curiosidad y el asombro de una sociedad cuyo egoísmo es tan grande como su ignorancia de las leyes que rigen el mundo invisible.

Las prácticas del magnetismo, del hipnotismo y de la sugestión; más aún, los estudios de Crookes, Russel Wallace, Paul Gibier, etc., sobre las fuerzas psíquicas, suministran datos, apoyados en hechos perfectamente comprobados, como otros tantos factores en la solución del problema, que han ido poco á poco iluminando panoramas desconocidos; dejando entrever abismos en que se revelan formas de existencia en centros á donde no ha podido llegar el escalpelo ni el microscopio; alturas no sospechadas, desde donde los gigantescos progresos materiales de nuestra orgullosa civilización se ven tan pequeños y oscuros, que sus luces parecen tinieblas.

¡Pobre humanidad! ¡Tu orgullo está en razón directa de tu ignorancia!

Estudia, investiga, palpa, y te avergonzarás de no haber hallado antes, lo que era tan fácil de encontrar!

Marconi, con su telégrafo sin hilos, ha venido á revelarnos la existencia de conductores invisibles que transmiten las vibraciones de un punto á otro.

Y, sin embargo, ¿cuántos años antes la sugestión mental, la transmisión del pensamiento por medio del hipnotismo, nos había estado demostrando que las ideas son vibraciones que pueden transmitirse de cerebro á cerebro sin alambres conductores?

El orgullo científico de los académicos escuchó sin oír; miró sin ver lo que ahora ha venido Marconi á demostrarles, golpeándoles el cerebro.

El fonógrafo, que guarda indefinidamente la voz humana; el cinematógrafo, que hace revivir á nuestra vista el animado panorama del pasado, ¿no gritan acaso á nuestra inteligencia que se acerca el día en que alguien nos demuestre hasta la evidencia que todas las vibraciones de nuestro sér, es decir, nuestros pensamientos, deseos, palabras y obras, se transmiten é irradian á nuestro alrededor, impresionan los átomos y moléculas, y, viajando por el espacio, se archivan eternamente en algún punto del infinito?

Y en ese archivo, que no se destruye ni se quema, y á donde no alcanzan á llegar las falsificaciones de la tierra, podremos leer la historia del pasado..... y la del porvenir, porque el futuro es la semilla que brota del pasado. El uno engendra al otro, y en el pasado se refleja el porvenir. El futuro no es otra cosa que la resultante de las fuerzas que en el pasado hemos puesto en acción.

La renovación perpetua de la materia y la permanencia del recuerdo en la memoria, ha venido á demostrar-nos que las facultades intelectuales no residen en el cerebro, el cual sólo es un simple conductor para transmitir las impresiones, pero no las guarda ni registra, porque si así fuera, al renovar sus átomos perdería las impresiones recibidas; el recuerdo iría esfumándose á medida que los átomos que forman el cerebro fueran eliminándose, hasta desaparecer por completo. Y, sin embargo,

el recuerdo de las impresiones recibidas en la niñez suele permanecer, en la memoria, hasta la más avanzada edad, á pesar de que la masa cerebral se ha renovado totalmente varias veces, durante el trascurso de la vida.

Hay, pues, algo inmutable en el sér humano que no está sujeto á las leyes que rigen la materia; que aún cuando su cuerpo se renueva, ó se descomponga y muera aparentemente, ese algo sobrevive á la materia, como el recuerdo persiste aún cuando se cambie el cerebro.

Ese algo que no muere, que tiene conciencia de que existe, y que durante algunos años vive unido á la materia, ese es el hombre: un poco de materia iluminada por un poco de espíritu. La muerte los separa. La materia vuelve á la materia y el espíritu á la región de donde nace la luz, porque de allá vino y á allá debe regresar.

Valparaíso, Marzo de 1903.

DISCURSO DEL DOCTOR A. K. H.:

Señoras, Señores:

Soy mi propia víctima al querer improvisar, siendo alemán y careciendo de facultades oratorias.

Pero ya que he pedido la palabra, tengo que hablar, solicitando antes la benevolencia de tan distinguido auditorio.

Deseo agregar al interesante discurso del señor B., algunos argumentos que me movieron á abrazar la doctrina espiritista.

Primero: sostienen los materialistas que lo único que tiene existencia real es la materia y la fuerza, y que el espíritu no pasa de ser una quimera de que pretenden asirse los hombres, como de una tabla de salvación, en el borrascoso mar de la vida...

Y entre tanto, ¿cómo explicar el fenómeno de nuestros

recuerdos, de nuestra memoria de lo pasado, estando comprobado científicamente que todos los elementos que forman nuestro cuerpo cambian por completo cada siete años? ¿Dónde se conservan las ideas, las experiencias y los conocimientos adquiridos antes de la renovación total de nuestra materia? ¿Quién los conserva?

No podemos decir que es nuestro organismo actual, que son las células nerviosas del cerebro, puesto que no existían cuando adquirimos esas ideas, esas experiencias y esos conocimientos.

Luego hay en nosotros algo más que la materia, que desaparece periódicamente, luego hay una entidad, un sér distinto de esa materia, independiente de nuestro cuerpo, que registra nuestras impresiones y que las conserva permanentemente.

Esa entidad, ese sér incorpóreo, es el espíritu, es nuestro *yó* pensante é inteligente.

Supongamos, por ejemplo, que un individuo recibe una carta en que se le anuncia el repentino fallecimiento de su madre. ¿Qué sucede? Que ese hijo se sobrecoge, que prorrumpe en llanto y que da todas las muestras del más profundo dolor por tan irreparable desgracia.

Y yo pregunto: ¿Acaso este individuo ve el cadáver de su madre? ¿Presencia, por ventura, su agonía y las angustias de su muerte? ¿O tal vez el papel y los caracteres que contiene, percibidos por la vista, son el motivo ó la causa eficiente de su acerbo dolor?

¿O bien hay algo más que no puede explicarse por las células nerviosas del cerebro, y es la fatal noticia, que traída por el papel, viene á herir el alma de aquel hijo?

El materialista tiene forzosamente que convenir conmigo en que las sensaciones del dolor, así como las del placer, repercuten en el espíritu, el cual se contempla á sí mismo y se reconoce como un sér pensante é inteligente.

Dirá, sin embargo, el materialista, que puedo yo sentir esto en mí mismo, pero que él no lo ha experimentado

jamás. En hora buena. Mas la lógica no lo autoriza para negar un hecho de suyo absolutamente espiritual.

No quiero citar centenares de pruebas deducidas del sonambulismo científico y verificadas por eminencias de la escuela Charcot, según las cuales un sonámbulo ve, con los ojos cerrados, á enormes distancias y á través de la materia sólida, porque iría demasiado lejos. Yo mismo he exteriorizado la sensibilidad de sujetos hipnotizados, pinchando sus retratos con un alfiler y haciéndoles sentir el dolor de la herida á una gran distancia.

Nada de esto puede explicarse con la absurda teoría de las células cerebrales, ni tampoco el hecho curioso, pero no raro, de que una persona se proponga despertar á una hora determinada y que efectivamente despierte. En tal caso, ¿quién nos despierta? ¿Algo ó alguien?

Hágase la prueba de este fenómeno y se verá que es exacto.

Repito que este hecho es inexplicable para el materialista.

Aún podría citar otras muchas pruebas en favor del Espiritismo, pero la hora es avanzada y temo abusar de vuestra paciencia.

Las que acabo de dar son suficientes para demostrar que las teorías materialistas están de bancarrota y que sus explicaciones, basadas en las células nerviosas del cerebro, son absurdas.

A los ateos les diré sencillamente: que así como no hay reloj sin relojero, menos puede existir una máquina tan complicada y armónica como el Universo sin un Supremo Artífice.

No terminaré la descripción de la hermosísima velada de la noche del 18, sin dar, á nombre del Centro EDUARDO DE LA BARRA, las más expresivas gracias á las señoras y caballeros que se dignaron honrarla con su asistencia.

Y, para valerme de los conceptos con que ha aprecia-

do ese acto uno de los espíritus superiores que ha solido colaborar con sus comunicaciones á esta *Revista*, diré que «esa noche no se trataba de halagar los oídos de los concurrentes con melodías más ó menos hermosas, ni de entretener sus ánimos con frases bien cortadas.

«El objeto era mucho más trascendental: pretendiase sondear el espíritu público representado más ó menos bien en el numeroso grupo que asistió.

Deseábase ver hasta dónde podria llegarse y con quiénes contar antes de emprender la verdadera y formal batalla.»

Este ha sido también, á mi juicio, el alcance trascendental de la velada del 18.

C. F.

¿DE DONDE VENIMOS?

(Especial para la *Revista* ¿A DÓNDE VAMOS?)

El alma es inmortal, no sólo continuará existiendo *post mortem*, sino que debió existir antes del nacimiento del hombre en este planeta. Si existió antes, lo que no puede negarse sin negar la inmortalidad, ¿dónde estaba? ¿qué hacía? por qué encarnó? He aquí problemas que necesitamos solucionar.

Al contemplar al hombre, vemos una estatua viviente. Pero en esta estatua hay un principio de vida, principio inteligente, consciente y perceptivo; hay además un cúmulo de corrientes que fluyen de aquel principio, y otras que vuelven de afuera sobre aquel principio en corriente continua. Estas corrientes pueden exteriorizarse y asumir forma. Esta forma viene á ser un intermediario entre el principio vital y el cuerpo físico, la estatua visible, puramente material, ajena de vida, de sensación y de movimiento, pero dispuesta de tal manera que puede ser un